

NOVIO. }  
 PADRE DE LA NOVIA. } Paisanos.  
 MESNADEROS DE BERLICHINGEN, DE WEISLINGEN Y DE BAMBERG.  
 CAPITANES, OFICIALES Y SOLDADOS DEL EJÉRCITO IMPERIAL.  
 MESONERO.  
 ALGUACIL DEL TRIBUNAL.  
 VECINOS DE HEILBRONN.  
 GUARDIAS DE LA VILLA.  
 UN CARCELERO.  
 PAISANOS.  
 CAPITÁN DE GITANOS.  
 GITANOS Y GITANAS.

## ACTO PRIMERO

Schwarzember en Franconia.—Un mesón, SIEVERS y METZLER sentados á la mesa; dos hombres de armas junto al fuego; POSADERO.

SIEVERS.—Jnanillo, otro vaso de aguardiente, y mide como cristiano.

POSADERO.—Nunca de él te ves ahito.

METZLER.—(Bajo á Sievers.) Sigue contando lo de Berlichingen. Esos de Bamberg se ponen rojos de ira.

SIEVERS.—¿De Bamberg? ¿Y qué hacen aquí?

METZLER.—Weislingen está arriba en el castillo con el señor Conde hace dos días; le han escoltado. No sé de dónde viene; le aguardan porque vuelve á Bamberg.

SIEVERS.—¿Quién es ese Weislingen?

METZLER.—La mano derecha del Obispo, un señor de mucho poder, á quien también vigila Goetz sin descanso.

SIEVERS.—¿Pues que ande con cuidado!

METZLER.—(Bajo.) ¡Sigue adelante! (Alto.) ¿Desde cuán-



do vuelve Goetz á estar en guerra con el Obispo de Bamberg? Decíase que todo estaba acomodado y llano.

SIEVERS.—¡Sí; fácil es acomodarse con los curas! Cuando el Obispo vió que no podía conseguir nada y que llevaba siembre la peor parte, humillóse, dándose tan buena maña, que el arreglo llegó á hacerse. El leal Berlichingen cedió, como hace siempre cuando las ventajas están de su parte.

METZLER.—¡Guarde el cielo á tan honrado señor!

SIEVERS.—Mira si no es escandaloso; cuando más descuidado estaba, van y se apoderan de uno de sus vasallos. Pero á fe que les ha de dar quehacer con este motivo.

METZLER.—¡Lástima que le haya fracasado el último golpe! Se habrá puesto furioso.

SIEVERS.—Creo que no ha tenido igual disgusto desde hace mucho tiempo. Figúrate que todo estaba marcado con exactitud; cuándo volvería el Obispo de los baños; qué camino traería; cuántos jinetes le habían de acompañar, y á no haber sido por los falsos que le hicieron traición, su idea era procurar, por medio de un buen frotamiento, que los baños le fueran provechosos al Obispo.

SOLDADO PRIMERO.—¿Qué estais charlando de nuestro Obispo? Parece que buscáis camorra.

SIEVERS.—No os importan nuestros asuntos: nada tenéis que buscar en nuestra mesa.

SOLDADO SEGUNDO.—¿Quién os ha enseñado á hablar de nuestro Obispo sin respeto?

SIEVERS.—¿Os tengo acaso que dar cuenta? ¡Habrás visto insolentes! (El primer soldado le da una bofetada.)

METZLER.—¡Mata á ese perro! (Se arrojan el uno al otro.)

SOLDADO SEGUNDO.—¡Ven tu si tienes coraje! (Se pelean.)

MESONERO.—(Separándolos.) ¿Queréis estar en paz? ¡Mil rayos! Querellaos fuera, si tenéis por qué; en mi posada todas las cosas han de pasar con decencia y orden. (Hecha fuera á los soldados de caballería.) Y vosotros, asnos, ¿por qué armáis disputa con ellos?

METZLER.—Pocas injurias, Juanillo, ó peligra tu calva. Ven, camarada, vamos á vapulear á esos allá afuera.

DOS MESNADEROS de Berlichingen entran.

PRIMER MESNADERO.—¿Qué hay?

SIEVERS.—¡Hola! Buenos días, Pedro; Vito, buenos días. ¿De dónde venís?

SEGUNDO MESNADERO.—¡Cuidado con decir á quien servimos!

SIEVERS.—(En voz baja.) Entonces no está lejos vuestro señor Goetz.

PRIMER MESNADERO.—¡Ten la lengua! ¿Tuvisteis penitencia?

SIEVERS.—Ahí fuera habréis encontrado á esos bribones; son de Bamberg.

PRIMER MESNADERO.—¿Qué hacen aquí?

METZLER.—Han venido dando escolta á Weislingen que está allá arriba, en el castillo, con su señoría.



PRIMER MESNADERO.—¿Weislingen?

SEGUNDO MESNADERO.—(Bajo.) Pedro, hemos hallado caza... (Alto.) ¿Desde cuándo está ahí?

METZLER.—Desde hace dos días; pero he oído decir á uno de esos bribones que se marcha hoy.

PRIMER MESNADERO.—(Bajo.) ¿No te decía yo que estaba aquí? Debimos quedar algún tiempo en acecho del lado de allá; vamos, Vito.

SIEVERS.—Antes, ayudadnos á pegar á los de Bamberg.

SEGUNDO MESNADERO.—Sois dos para dos; tenemos que seguir nuestro camino. ¡Adiós! (Se van.)

SIEVERS.—¡Tunantes! Cuando no se les paga, no dan un golpe.

METZLER.—Juraría que tienen algún proyecto. ¿A quién sirven?

SIEVERS.—No debiera decirlo. Sirven á Goetz.

METZLER.—¡Ah! Vamos ahora á los de fuera; mientras empuñe yo un garrote, no temo sus asadores.

SIEVERS.—¡Así pudiéramos hacer alguna vez otro tanto con esos príncipes que nos desuellan vivos!

Venta en el bosque.

GOETZ.—(Delante de la puerta bajo los tilos.) ¿Dónde se han metido mis hombres? Para que el sueño no me rinda, he menester andar de un lado á otro. ¡Cinco días con

sus noches en acecho! ¡Bien nos amargan esta menguada porción de libertad y vida! Pero también cuando te tenga, Weislingen, ya lo pasaré mejor (Se escancia de beber). ¡Vacíemos el vaso!—¡Jorge!—Mientras no falten esto y el buen ánimo, ríome yo de la ambición y astucia de los príncipes.—¡Jorge!—Enviad vuestro complaciente Weislingen á los parientes y compadres; pintadme con negros colores. ¡Adelante! Estoy alerta. Escapaste de mí, Obispo, y, por lo tanto, tu querido Weislingen tiene que pagar por ti.—¡Jorge!—¿No oye ese mozo?—¡Jorge! ¡Jorge!

EL PAJE.—(Trae puesta la coraza de un hombre.) ¡Monseñor!

GOETZ.—¿Dónde te metes? ¿Has dormido? ¿Qué endiablado disfraz te has puesto? Ven acá. Tienes buen aspecto. No te sonrojes, muchacho. Eres valiente. ¡Si te viniera bien! ¿Es la coraza de Juan?

JORGE.—Quiso dormir un poco y se la desabrochó.

GOETZ.—Es más cómodo que su señor.

JORGE.—No os enojéis. Yo se la fuí quitando con precaución y me la puse; tomé de la pared la vieja espada de mi padre, corrí al campo y la desenvainé.

GOETZ.—¿Y la esgrimiste á tu alrededor? Los setos y los espinos lo pasarían bien. ¿Duerme Juan?

JORGE.—Despertóse á vuestra voz y me gritó que llamabais. Quise quitarme la coraza, pero os oí dos veces, tres veces...

GOETZ.—¡Ve! Devuélvele su armadura y dile que se prepare y que atienda á los caballos.



JORGE.—Ya les he dado un buen pienso y les puse el freno: podéis montar cuando queráis.

GOETZ.—Tráeme un jarro de vino: da también un vaso á Juan, y dile que se despabile; ya es hora. Espero que mis escuchas llegarán de un momento á otro.

JORGE.—¡Ah, señor!

GOETZ.—¿Qué tienes?

JORGE.—¿No podré yo ir?

GOETZ.—Otra vez, Jorge, cuando apresemos mercaderes y detengamos coches.

JORGE.—¡Otra vez! ¡Eso lo habéis dicho muchas! ¡Oh, esta vez, esta!... Cabalgaré detrás, acecharé desviado, quiero recogeros las flechas perdidas.

GOETZ.—La próxima vez, Jorge. Antes has de tener jubón, casco y pica.

JORGE.—Llevadme con vos: si hubiese estado á vuestro lado la última vez, no habríais perdido la ballesta.

GOETZ.—¿Sabes tú eso?

JORGE.—La arrojasteis á la cabeza del enemigo; un soldado de infantería la recogió, y se ha perdido. ¿Veis como lo sé?

GOETZ.—¿Te cuentan eso mis hombres?

JORGE.—También yo les sirvo de mil maneras y les enseño canciones muy alegres mientras limpian los caballos.

GOETZ.—Eres un bravo muchacho.

JORGE.—Llevadme con vos para probároslo.

GOETZ.—La próxima vez: te doy mi palabra. Desarmado como te hallas, no puedes ir á pelear. Los tiem-

pos venideros, también necesitan hombres. Digote, muchacho, que será un tiempo caro. Los principes ofrecían sus tesoros por un hombre de los que hoy desprecian. Ve, Jorge; devuelve á Juan su coraza y traeme vino. (Vase Jorge.) ¿Por dónde andarán mis gentes? Un fraile. ¿De dónde viene á estas horas?

FRAY MARTÍN llega.

GOETZ.—Reverendo Padre, buenas noches. ¿Cómo tan tarde? Hombre de santa paz, avergonzáis á muchos caballeros.

MARTÍN.—¡Gracias, noble señor! Y ante todo, si ha de haber títulos, yo no soy sino humilde hermano agustino por mi nombre de convento, aunque oigo con más gusto el de Martín, mi nombre de bautismo.

GOETZ.—Estáis cansado, hermano Martín, y sin duda sediento. (Entra Jorge.) Con oportunidad viene el vino.

MARTÍN.—Para mí, un sorbo de agua; no me atrevo á beber vino.

GOETZ.—¿Es voto?

MARTÍN.—No, ilustre señor; el beber vino no se opone á mis votos, pero como el vino es contrario á mis votos, por eso no lo bebo.

GOETZ.—No entiendo lo que decís.

MARTÍN.—Feliz vos, que no lo comprendéis. Comer y beber, tengo para mí que es la vida del hombre.

GOETZ.—Así es.

MARTÍN.—Después de comer y beber bien, estáis como



rejuvenecido; más fuerte, más animoso, más apto para vuestros negocios. El vino regocija el corazón del hombre, y la alegría es madre de todas las virtudes. Cuando habéis bebido vino, os sentís dos veces potente para todo lo que queréis, ligero para concebir, para emprender y para ejecutar.

GOETZ.—Así es la verdad, y eso me sucede.

MARTÍN.—En ese sentido hablo. Pero nosotros...

(Jorge trae agua.)

GOETZ.—(Aparte á Jorge.) Ve al camino de Dachsbach, échate, y pon tu oído en tierra á fin de oír si vienen caballos: vuelve aquí en seguida.

MARTÍN.—Pero cuando nosotros hemos comido y bebido, sucede que somos precisamente lo contrario de lo que debemos ser. La trabajosa digestión pone la cabeza en la misma disposición que el estómago, y la pesada somnolencia ocasiona deseos y excitaciones, más fuertes muchas veces que nuestros deberes.

GOETZ.—Un vaso, hermano Martín, no ha de turbar vuestro sueño; hoy habéis caminado mucho. (Se lo presenta.) ¡A la salud de los que combaten!

MARTÍN.—¡Dios os oiga! (Chocan los vasos.) No puedo soportar las gentes holgazanas; y con esto, no quiero decir que todos los frailes sean holgazanes: hacen lo que pueden. Vengo de San Vito, donde dormí la noche pasada. El prior me llevó á la huerta, que es el sitio donde trabaja; excelente ensalada, coles á pedir de boca, y, sobre todo, coliflores y alcachofas como no las hay en Europa.

GOETZ.—Cosa que seguramente os importa poco. (Se levanta, mira si viene Jorge y vuelve.)

MARTÍN.—¡Pluguiese á Dios haberme hecho hortelano ó herrero! Podría ser feliz. Mi abad me quiere bien. Nuestro convento está en Erfurt, en Sajonia, y como sabe que no puedo estar quieto, envíame á todas partes donde hay diligencias que hacer. Ahora voy á ver al obispo de Constanza.

GOETZ.—¡Otro trago! A vuestro feliz éxito.

MARTÍN.—Lo mismo os digo.

GOETZ.—¿Por qué me miráis así, hermano?

MARTÍN.—Estoy enamorado de vuestra armadura.

GOETZ.—¿Os gustaría tener una? Es pesada y difícil de llevar.

MARTÍN.—¿Qué no es difícil en este mundo! A mí nada me parece más difícil que no osar ser hombre. Pobreza, castidad y obediencia. Tres votos, cada uno de los cuales, considerado aisladamente, parece lo más contrario á la Naturaleza, y, todos juntos, insoportables. ¡Y tener que jadear toda la vida bajo esta carga ó bajo el peso mucho más grave del remordimiento! ¡Oh, señor! ¿Qué son las fatigas de vuestra vida en comparación de las miserias de un estado, el cual, por un deseo mal entendido de acercarse á Dios, condena nuestros mejores impulsos, aquellos en virtud de los cuales nacemos, crecemos y prosperamos?

GOETZ.—Si no fueran vuestros votos tan sagrados, os aconsejaría que vistieseis una armadura, os daría un caballo y nos iríamos juntos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO



MARTÍN.—¡Ojalá tuviesen mis hombros resistencia para soportar una cota de malla, y mi brazo fuerza para derribar á un enemigo del caballo! ¡Pobre flaca mano, de antiguo acostumbrada á llevar la cruz y la bandera de paz, y á balancear el incensario! ¿Cómo habías de manejar lanza y espada? Mi voz, templada sólo para el Ave y el Aleluya, sería para el enemigo heraldo de mi flaqueza, mientras la vuestra lo pondrá en fuga. A no ser por esto, ningún voto me impediría volver á la orden que el mismo Creador ha fundado.

GOETZ.—¡A vuestro feliz retorno!

MARTÍN.—Esto lo bebo sólo por vos. Mi retorno á la jaula es siempre desdichado. Vos, señor, cuando volvéis al abrigo de vuestras murallas, con la conciencia de vuestro valor y de vuestra fuerza, que ningún cansancio es capaz de empecer, y por primera vez, después de largo tiempo, seguro de enemigas sorpresas, desnudo de vuestras armas, os tendéis en vuestro lecho, esperando un sueño que os sabrá mejor que á mí el beber después de sed prolongada, vos, señor, podéis entonces hablar de dicha.

GOETZ.—Eso me sucede raras veces.

MARTÍN.—(Más animado.) Y es, cuando sucede, gusto anticipado del cielo. Al retorno de una salida, cargado con el botín de vuestros enemigos, recordando: «á aquél lo desazoné antes de que pudiese tirar; á aquél otro lo eché á tierra con su caballo»... y luego subir cabalgando á vuestro castillo, y...

GOETZ.—¿Y qué?

MARTÍN.—¡Y vuestras mujeres! (Se echa de beber.) ¡A la salud de vuestra esposa! (Se limpia los ojos.) ¿La tenéis, sin duda?

GOETZ.—¡Una noble y excelente mujer!

MARTÍN.—¡Feliz el que tiene una mujer virtuosa! Tiene doble vida. Yo no conozco ninguna mujer, y sin embargo, la mujer fué la corona de la creación.

GOETZ.—(Aparte.) Me da lástima; el sentimiento de su estado le roe el corazón.

JORGE.—(Llega corriendo.)—¡Señor! ¡Oigo galopar de caballos! ¡Dos! Seguramente son ellos.

GOETZ.—Saca mi caballo y que monte Juan. Adiós, caro hermano. ¡Dios os acompañe! Sed animoso y paciente; Dios os ayudará.

MARTÍN.—Vuestro nombre, os lo ruego.

GOETZ.—Dispensadme. ¡Adios! (Le alarga la mano izquierda.)

MARTÍN.—¿Por qué me dais la mano izquierda? ¿No soy digno de estrechar la diestra de un caballero?

GOETZ.—Aunque fueseis el Emperador, tendríais que contentaros con esta. Mi mano derecha no es para la guerra inútil, pero sí insensible á la presión de la amistad; mano y guantelete forman una sola pieza; mirad, es de hierro.

MARTÍN.—¿Entonces, sois Goetz de Berlichingen? ¡Gracias, Dios mío, porque me has permitido conocer á este hombre que los príncipes detestan y á quien acuden los oprimidos! (Cógele la mano derecha.) ¡Dejadme, dejadme que bese esta mano!



GOETZ.—De ningún modo.

MARTÍN.—¡Dejadme! ¡Oh, tú, más meritoria que mano de reliquia por la cual ha circulado sangre santa; instrumento muerto y vivificado por la confianza del más noble espíritu en su Dios!...

(Goetz se pone el yelmo y empuña la lanza).

MARTÍN.—Hace años estuvo con nosotros un fraile que os visitó cuando recibisteis ese tiro delante de Landshut. Contábanos lo que habíais sufrido y cuán doloroso os era quedar inútil para el ejercicio de vuestra profesión, y cómo se os vino á la memoria haber oído hablar de un hombre que tampoco tenía más que una mano, y, sin embargo, sirvió largo tiempo como valeroso caballero. ¡Jamás olvidaré!...

(Llegan los dos hombres de armas de Berlichingen. Acércase Goetz á ellos y les habla en secreto.)

MARTÍN.—(Continua mientras tanto hablando.) Jamás olvidaré, cómo en su nobilísima y sencilla confianza en Dios, decía: «Y aunque tuviese doce manos, si tú me negases tu gracia, ¿de qué me aprovecharían? Así, bien puedo con una sola»...

GOETZ.—Conque, en el bosque de Haslach (vuelvese á Martín), Estimado hermano Martín. ¡Con Dios quedad! (Le besa.)

MARTÍN.—No me olvidéis, como yo nos os olvidaré nunca (Vase Goetz.) ¡Qué emoción sentí al verle; no hablaba, y, sin embargo, mi espíritu adivinó el suyo. ¡Es un deleite contemplar á un grande hombre!

JORGE.—Reverendo Padre, ¿dormireis aquí?

MARTÍN.—¿Habrà una cama?

JORGE.—No, Padre; las camas sólo las conozco de oídas; en nuestro hospedaje no hay sino paja.

MARTÍN.—Buena es también. ¿Cómo te llamas?

JORGE.—Jorge, reverendo Padre.

MARTÍN.—Tienes un patrón muy valeroso.

JORGE.—Dicen que fué caballero; yo quiero serlo también.

MARTÍN.—Espera. (Saca un libro de oraciones y da una estampa al joven.) ¡Ahí lo tienes! Sigue su ejemplo; sé valiente y teme á Dios. (Vase.)

JORGE.—(Mirando la estampa.) ¡Hermoso caballo blanco! ¡Si algún día tuviese uno igual! ¡Y su armadura de oro!—Este es un dragón horrendo. Yo por ahora tiro á los gorriones. ¡San Jorge! hazme grande y fuerte, dame una lanza como ésta, armadura y caballo, y que vengan dragones.

Yaxthausen, Castillo de Goetz.

ISABEL, MARÍA, CARLOS, niño, hijo de Goetz é Isabel.

CARLOS.—Te pido, tía querida, que me vuelvas á contar el cuento de aquel niño bueno; ¡es tan bonito!

MARÍA.—Cuéntamelo tú á mí, picarillo; así sabré si pones atención.

CARLOS.—Espera; voy á recordar.—Una vez era... sí... Una vez era un niño y su madre estaba enferma; entonces el niño fué...

MARÍA.—No es así; la madre le dijo: «Querido niño...



CARLOS.—Estoy enferma...

MARÍA.—Y no puedo salir...

CARLOS.—Y le dió dinero, diciéndole: «Ve, cómprate de almorzar. Entonces vino un pobre...

MARÍA.—Entonces salió y encontró un anciano que era... ¿A ver, Carlos?

CARLOS.—Que era... viejo.

MARÍA.—¡Indudablemente! Que apenas podía andar, y dijo: «Querido niño...

CARLOS.—Dame algo; no he comido pan ni ayer ni hoy.» Entonces el niño le dió el dinero...

MARÍA.—Que había de ser para su almuerzo.

CARLOS.—Y dijo el viejo...

MARÍA.—Y el viejo cogió al niño.

CARLOS.—Por la mano, y dijo... y se volvió un santo hermoso y resplandeciente, y dijo: «Querido niño...

MARÍA.—La madre de Dios te recompensa, por conducto mío, de tu obra benéfica; cualquier enfermo que toques...

CARLOS.—Con la mano... ¿era la derecha, creo?

MARÍA.—Sí.

CARLOS.—Quedará al momento sano.

MARÍA.—Y el niño corrió á su casa, y de alegría no podía hablar.

CARLOS.—Y se echó al cuello de su madre llorando de alegría.

MARÍA.—Entonces dijo la madre: «¿Qué me pasa?» y quedó... ¡Vamos Carlos!

CARLOS.—Y quedó... y quedó...

MARÍA.—¡Ya no pones atención!... Y quedó curada. Y el niño curó reyes y emperadores, y se hizo tan rico que construyó un gran monasterio.

ISABEL.—No puedo imaginar dónde se halla mi señor. Cinco días ya, y cinco noches que está fuera, cuando esperaba dar tan pronto el golpe.

MARÍA.—¡Yo estoy angustiada! Si hubiese de casarme con un hombre que se expusiese así siempre al peligro, me moriría el primer año.

ISABEL.—Por eso doy gracias á Dios de haberme hecho más fuerte.

CARLOS.—¿Pero es necesario que mi padre salga á caballo si es tan peligroso?

MARÍA.—Esa es su voluntad.

ISABEL.—Es necesario, querido Carlos.

CARLOS.—¿Por qué?

ISABEL.—¿Recuerdas la última vez que salió cuando te trajo pan blanco?

CARLOS.—¿Me lo volverá á traer?

ISABEL.—Así lo creo. Mira: había un sastre de Stuttgart, excelente balletero que ganó el premio del tiro en Colonia.

CARLOS.—¿Era mucho?

ISABEL.—Cien escudos. Y después no querían pagarlos.

MARÍA.—¿No es verdad que eso es feo, Carlos?

CARLOS.—¡Qué malos!

ISABEL.—Entonces el sastre vino á buscar á tu padre y rogóle le ayudase á conseguir su dinero. Y él montó



á caballo y salió y cogió á los de Colonia un par de mercaderes, castigándolos hasta que soltaron el dinero. ¿No hubieras tu salido también en este caso?

CARLOS.—No, porque hay que pasar por un bosque espeso, espeso, donde hay gitanos y brujas.

ISABEL.—¡Vaya un niño que se asusta de las brujas!

MARÍA.—Harás bien, Carlos, en vivir algún día en castillo como caballero piadoso y cristiano. Ocasión se encuentra, sobrada, de hacer el bien, en los propios dominios. Los caballeros mejor intencionados y más probos, cometen más injusticias que justicia hacen en sus correrías.

ISABEL.—Hermana; no sabes lo que dices. Quiera Dios que nuestro muchacho sea con el tiempo más bravo y no se asemeje á Weislingen, que tan deslealmente se porta con mi marido.

MARÍA.—No podemos juzgar, Isabel. Mi hermano está muy irritado; tu también. Yo, en definitiva, estoy menos interesada en todo este asunto, y puedo ser más justa.

ISABEL.—No tiene disculpa.

MARÍA.—Cuanto de él he oído, me predispone en su favor. ¿No nos cuenta de él tu mismo marido mil cosas buenas, y lo felices que fueron en su juventud, cuando los dos eran pajes del Margrave?

ISABEL.—Sea lo que quiera, dime si puede ser bueno un hombre que arma asechanzas á su mejor, á su más leal amigo; que vende sus servicios á los enemigos de mi marido, y que trata de impresionar mal á nuestro

excelente Emperador, que es para nosotros tan bondadoso, presentándole las cosas falseadas y de manera contraria á la realidad.

CARLOS.—¡Mi padre! ¡Mi padre! El centinela de la torre toca su fagina. ¡Viva! ¡Abrid la puerta grande!

ISABEL.—Trae botín.

Llega un MESNADERO.

MESNADERO.—Hemos cazado; ¡traemos prisioneros! Dios os bendiga, nobles señoras.

ISABEL.—¿Cogisteis á Weislingen?

MESNADERO.—A él y á tres ginetes.

ISABEL.—¿Cómo habéis estado tanto tiempo fuera?

MESNADERO.—No acababa de llegar, y sin embargo, sabíamos que estaba en camino. Nosotros esperábamos en acecho entre Nuremberg y Bamberg, hasta que nos informamos que había ido por otro lado, y estaba tranquilamente con el conde de Schwarzemberg.

ISABEL.—¿A quien también querría enemistar con mi marido?

MESNADERO.—Eso mismo dije yo á mi señor. ¡A caballo y á escape al bosque de Haslach! Y ¡ved que cosa tan curiosa! Guardaba un pastor sus ovejas, cuando nosotros por la noche cabalgábamos á través del bosque, y de repente cinco lobos cayeron sobre el rebaño dándose una hartada á satisfacción. Rióse mi señor y dijo: «Buena fortuna, compañeros; buena fortuna para todos y para nosotros también». Regocijémonos del buen



presagio; y de allí á poco llegó Weislingen con cuatro hombres.

MARÍA.—¡El corazón me palpita!

MESNADERO.—Cumpliendo las órdenes de mi señor, mi compañero y yo nos enlazamos á él, que no parecía sino que juntos habíamos nacido; de tal suerte, que ni podía menearse ni revolverse. Mi señor y Juan acometieron á los otros y los cogieron prisioneros; uno se escapó.

ISABEL.—Impaciente estoy por verle. ¿Vendrán pronto?

MESNADERO.—Suben el valle; dentro de un cuarto de hora están aquí.

ISABEL.—Estará abatido.

MESNADERO.—Parece bastante taciturno.

MARÍA.—Su vista me va á hacer daño.

ISABEL.—¡Ah! Voy á preparar la comida al momento; ¿todos traeréis hambre?

MESNADERO.—No poca.

ISABEL.—Toma la llave de la bodega y saca del mejor vino. Lo han merecido. (Vase.)

CARLOS.—Yo contigo, tía.

MARÍA.—Ven, niño.

MESNADERO.—No será como su padre; sinó, vendría conmigo á la cuadra.

GOETZ, WEISLINGEN. Hombres de armas.

GOETZ.—(Poniendo su casco y su espada sobre la mesa.) Desabrochadme la coraza y traedme la ropilla. Quiero

estar á mis anchas. Hablaste con mucha verdad, hermano Martín... Weislingen, nos habéis tenido sin aliento. (Weislingen no responde y se pasea de un lado á otro.)

GOETZ.—¡Animo! Vamos; desarmaos. ¿Dónde están vuestras ropas? Espero que nada se habrá perdido. (A uno de sus hombres.) Llamad á sus criados y abrid el equipaje; cuidad que nada se extravíe. También puedo prestaros ropa mía.

WEISLINGEN.—¡Bien estoy así! Me es igual.

GOETZ.—Podría daros una ropilla muy buena; verdad que solo es de lino. Me viene ya estrecha. Púsemela en las bodas de un señor, el Conde Palatino; precisamente cuando vuestro Obispo se encontró tanto conmigo. Quince días antes le había echado á pique los dos barcos en el Main. Con Francisco de Sickingen, subí la escalera de la posada del Ciervo, en Heidelberg. Antes de llegar á lo alto, hay una meseta rodeada de barandilla de hierro. Allí estaba el Obispo y dió la mano á Francisco, que iba delante, y también me la dió á mí, que venía detrás. Yo rei para mis adentros, y dirigiéndome al Landgrave de Hanau, que era un señor á quien yo quería mucho, le dije: «El Obispo me ha dado la mano; apuesto á que no me ha conocido.» Oyólo el Obispo, porque yo de propósito hablaba recio, y dirigiéndose altanero á nosotros, dijo: «Cierto; porque no os conocí, os dí la mano.» Entonces le dije: «Monseñor, bien advertí que no me conocíais, y por eso os la devuelvo». La ira puso el cuello del hombrecillo más colorado que cangrejo cocido y corrió á la cámara, á que-



jarse al conde palantino Luis y al príncipe de Nasau. Después nos hemos reído de aquélla muchas veces.

WEISLINGEN.—Desearía que me dejaseis solo.

GOETZ.—¿Y por qué? Ruegos que tengáis buen humor; estáis en mi poder, y no he de abusar de vos.

WEISLINGEN.—De eso no me curo, que es vuestro deber de caballero.

GOETZ.—Y ya sabéis que me es sagrado.

WEISLINGEN.—Estoy prisionero; lo demás no me importa.

GOETZ.—No deberíais hablar así. Si tuviérais que habéros las con príncipes que os sujetasen con cadenas en calabozos profundos, donde los centinelas tuviesen orden de ahuyentaros el sueño silbando...

(Escuderos traen ropa.—Weislingen pasea de un lado á otro.)

Entra CARLOS.

CARLOS.—Buenos días, padre.

GOETZ.—(Besándole.) Buenos días. ¿Cómo habéis pasado el tiempo?

CARLOS.—Muy bien, padre. Mi tía dice que soy muy listo.

GOETZ.—¿De veras!

CARLOS.—¿Me has traído algo?

GOETZ.—Esta vez no.

CARLOS.—He aprendido mucho.

GOETZ.—¡Hola!

CARLOS.—¿Quieres que te cuente la historia del niño bueno?

GOETZ.—Después de comer.

CARLOS.—Todavía sé otra cosa.

GOETZ.—¿Qué es ello?

CARLOS.—Yaxthausen es una aldea con un castillo en el Yaxt; pertenece por herencia y propiedad, desde hace doscientos años, á los señores Berlichingen.

GOETZ.—¿Conoces tú al señor de Berlichingen?

(Carlos le mira fijamente.)

GOETZ.—(Aparte.) A fuerza de sabiduría no conoce á su padre.—¿A quién pertenece Yaxthausen?

CARLOS.—Yaxthausen es una aldea con un castillo en el Yaxt.

GOETZ.—No te pregunto eso. Yo conocía todos los senderos, caminos y vados antes de saber cómo se llamaban, río, aldea y castillo. ¿Está tu madre en la cocina?

CARLOS.—Sí, padre; prepara nabos y un cordero asado.

GOETZ.—¿También sabes eso, maestro cocinero?

CARLOS.—Y para dármela de postre, está asando mi tía una manzana.

GOETZ.—¿No la puedes comer cruda?

CARLOS.—Así sabe mejor.

GOETZ.—Siempre has de tener de esos apartijos.—Weislingen, soy con vos al momento; justo es que vea á mi mujer. Carlos, ven conmigo.

CARLOS.—¿Quién es ese hombre?

GOETZ.—Salúdale; pídele que se ponga alegre.

CARLOS.—(Ofreciéndole la mano.) Choca y alégrate, que la comida pronto estará lista.